

# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

**“Mis días se acercan inexorablemente y a pasos agigantados al final. Entonces se experimenta y se lamenta mucho no haber empleado mejor in vinea domini (en la viña del Señor) los muchos años de vida y llenos de gracias. Desearía, al menos, despertar en la undécima hora y trabajar con todas mis fuerzas mientras haya tiempo. Me ayude su piadosa oración”.**

*José Freinademetz a Teodoro Buddenbrock,  
Febrero 1907*

## Introducción

El P. José Freinademetz falleció de tifus el 28 de enero de 1908 en Taikia, casa central de los Misioneros del Verbo Divino en Shantung del Sur. Consumido y extenuado por el trabajo, no pudo resistir a la enfermedad que había contraído. Cuando el P. Teodoro Bucker le pidió en nombre de los cohermanos la bendición mientras decía: “Le prometemos continuar trabajando según su espíritu”, sonriendo respondió: “¿Quieren seguir trabajando según mi espíritu? Hace tiempo que no hago las cosas bien”.

Freinademetz se empeñó en amar y servir a Dios y a los hombres con todo su corazón y con toda su alma. Entendió su vida como servicio a Dios. El breve tiempo en su patria como los muchos años en China tuvieron una única meta: La gloria de Dios. Sus humildes palabras al final de su vida: “Hace tiempo que no hago las cosas bien”, fueron sin duda sinceras. Hoy podemos afirmar: El P. Freinademetz no lo tomó a la ligera, lo hizo todo bien, fue un buen misionero.

Las reflexiones que siguen quieren ser un estímulo a la preparación espiritual del centenario del fallecimiento de S. José Freinademetz. Ojalá nos ayuden a reflexionar sobre nuestra vida y acción como misioneros del Verbo Divino, sobre nuestra relación con Dios y con nuestra/su Misión.

*Las citas se sacaron principalmente de:*

- Augustinus Henninghaus, *P. Jos. Freinademetz S.V.D., Sein Leben und Wirken, Zugleich Beiträge zur Geschichte der Mission in Süd-Shantung, Yenchowfu, Verlag der katholischen Missionen 1920, 633.*

- Fritz Bornemann, *Der selige P.J.Freinademetz 1852 – 1908, Ein Steyler China-Missionar, Ein Lebensbild nach zeitgenössischen Quellen, Analecta SVD – 36, Rom 1976. Traducido por E. Saffer bajo el título, Entre Mandarines y Bandoleros. José Freinademetz. Santiago, Chile 1983.*
- Fritz Bornemann (Hsg.), *Der ehrwürdige Diener Gottes Josef Freinademetz, Berichte aus der China-Mission, Rom 1974 (Analecta SVD 27, 1973). Traducción en español: Freinademetz, Relatos de la misión en China. Estella 1986.*
- P. Pietro Irsara SVD (Hsg.), *Lettere di un santo, Giuseppe Freinademetz, L'amore per il prossimo, la famiglia e la Badia (Colección de cartas en el original italiano).*
- C. Pape y J.M. Vergara, *José Freina-de-Metz. Un tirolés que amó al pueblo chino. Roma 2000.*

## Tema 1

### Despedida

El verano de 1878 fue para José Freinademetz el momento de la despedida: despedida del entorno de cada día, los padres, parientes y amigos. La vida hasta entonces habitual; despedida también de aquello para lo que por largo tiempo se había preparado: la tranquilidad de una casa parroquial, la actividad, a él tan querida, como coadjutor.

Despedirse significa marchar, significa dejar lo que hasta ahora era importante, más aun, para él, José Freinademetz, plenitud y sentido de la vida. ¿Por qué lo hace? ¿Qué le mueve? ¿Sabe lo que hace, a qué se arriesga?

El domingo 11 de agosto de 1878 se despide de la parroquia S. Martín donde fue coadjutor –en Tirol se dice Cooperador- y maestro en la escuela: “El divino buen pastor, en su insondable bondad, me ha invitado a ir con él al desierto para ayudarle en la búsqueda de las ovejas perdidas. ¿Qué otra cosa puedo hacer, sino, con inmensa alegría y agradecimiento, besar su mano y decir con la Escritura: ¡Heme aquí, yo vengo! y con Abraham dejar la casa paterna, la patria y a vosotros, mis queridos, e ir al país que me mostrará el Señor?”. Una semana más tarde en su parroquia de natal, S. Leonardo, añadió: “También a mi –no lo puedo negar- me resulta difícil separarme de mis queridos padres y de tantos bienhechores y amigos. Pero, al final, el ser humano no está hecho para este mundo. Fue creado para algo más grande. No sólo para gozar de la vida, sino para trabajar allí donde lo llame el Señor.

José Freinademetz no se entregó a una ilusoria auto-inmolación, no siguió ningún deseo aventurero, ninguna añoranza de lugares lejanos. José Freinademetz sintió una llamada, siguió una invitación, y se puso en camino como una vez Abrahán. El marchar, la despedida, fue para él difícil, pero no dudó ni un momento porque estaba seguro de seguir el camino recto que le llevaba al país que Dios le indicaría, como dice la Biblia de Abrahán. Se puso en camino para cumplir la voluntad de Dios. Fue el camino hacia sí mismo, como realización de su vida.

Cuál sea su estado de ánimo, lo manifiesta en la carta que, poco antes de despedirse de Steyl, escribió a su amigo y bienhechor Francisco Thaler en Sottrù, cerca de Oies, el 18 de febrero de 1879.

Querido amigo: A veces me resulta muy difícil vivir lejos de aquellos a quienes tanto amo; dejar la patria que tantos amigos y alegrías me ofreció, y buscar otra patria donde, por así decir, debo comenzar todo de nuevo, como un niño que comienza su vida, donde deberé aprender nuevos y difíciles idiomas y conocer gente con intereses y costumbres muy distintos. (...) Es difícil comenzar una nueva vida, después de sentirme tan feliz entre vosotros ladinos. Te confieso con sinceridad, ni por nada en el mundo, más aun, ni por millones de mundos haría esto jamás. Sin embargo, me siento felicísimo y contento de poder hacerlo por el buen Dios allá arriba, aunque vaya al encuentro de mil muertes. Estoy seguro que su gracia nunca me abandonará. Mi único anhelo es poder convertir muchos, muchísimos de aquellos pobres hermanos nuestros. Sólo por esto dejo a mi buen padre, a mi buena madre, a mis hermanos y hermanas, parientes y amigos, entre los que tú ocupas un primerísimo puesto, y a mi querido S. Martín.

*Fuentes: Bornemann pág. 40s y pág. 546 (Original en italiano: Lettere pág. 15s)*

### *Para la reflexión*

José Freinademetz no dejó su patria por el placer de buscar otra. Permaneció siempre sin una verdadera patria. También más tarde, en medio de sus queridos chinos, se sintió como un extraño. El fundamento de su ponerse-en-camino fue su fe, la fe que le daba la confianza de encontrar en Dios su “casa”, estar protegido “a la sombra de sus alas”, como afirma el salmista.

En 1Pe 2,11 se dice: “Amigos míos, como forasteros y emigrantes que sois en este mundo...” – “Pero, al final, el ser humano no está hecho para este mundo...” dijo el joven Freinademetz en su parroquia natal.

¿De qué me despedí yo en mi vida, de qué me separé –con dolor? ¿Dónde me siento en casa, protegido? ¿Estoy, como Abraham, como Freinademetz, en camino hacia el “país” que Dios quiere mostrarme? Pregunto, ¿anhelo ese país? – “Por la infinita misericordia de Dios que elige a los débiles como sus instrumentos, espero participar de la gracia de la que no seré digno eternamente” dijo Freinademetz en su despedida de S. Martín.



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## **Tema 2**

### **Vivir con decepciones**

Con el Te Deum en los labios y „saltándole el corazón de emoción” el joven misionero José Freinademetz pisó tierra china. Lo primero que experimentó y que tuvo que soportar fueron amargas decepciones. En el verdadero sentido de la palabra había llegado a “tierra extraña”. Amado como persona y muy apreciado como sacerdote en la patria, aquí, en el mejor de los casos, sólo se sorprendían de su aspecto y porte europeo. Nadie preguntaba por él, a nadie parecía interesarle lo que él pretendía. La soledad le afectó profundamente. Todo era muy diferente a lo que él había esperado. “Lo que diariamente veía, oía y experimentaba, estaba, por lo general, en total contradicción con mi manera de ver las cosas”. Escribía recordando aquellos momentos.

Lo que le resultaba totalmente incomprensible y lo que más amargamente le afectaba era la aparente indiferencia religiosa. Daba la impresión que nadie tenía hambre de la verdad y de la gracia, como él se lo había imaginado. Nada le era familiar. Como auténtico hijo de su tiempo y de su origen europeo, la extraña cultura y modo de vivir, le eran incomprensibles: “No es posible dar dos pasos sin que la vista tropiece con toda clase de caricaturas demoníacas y las más diversas diabluras. El aire que aquí se respira es totalmente pagano. No hay incentivos exteriores. Faltan, casi por completo, la palabra viva y el estimulante y buen ejemplo. Ningún sonido de campanas, ninguna fiesta religiosa, ninguna procesión solemne mueven los corazones. La capilla, por lo general, presenta el Viernes Santo la misma ornamentación que el Domingo de Pascua. En la vida civil ninguna diferencia entre Navidad y Miércoles de Ceniza. Siempre y en todas partes el mismo y continuo hervidero y barullo, (...)”.

Los dos primeros años los vive como un noviciado. Fue para él un duro aprendizaje, pero buscó lo esencial: ¿Para qué había venido? ¿Era China realmente el país que –como a Abrahán- Dios le quería mostrar?

Mucho debió cavilar, reflexionar y luchar consigo mismo, de lo contrario no hubiese podido escribir lo siguiente que suena a mística: “(...) La tranquila soledad y el omnipresente aislamiento le hablan al misionero íntimamente al corazón y dado que Dios está tanto más cercano cuanto más lejanos los hombres, con frecuencia el misionero no sabe si, por el malestar interior, debe llorar o alegrarse y por eso hace las dos cosas a la vez”.

Las dificultades iniciales de su vida misionaria no fueron las únicas. Las decepciones se repetían continuamente: “A principios de 1890 vivió la experiencia que él considerada como la más triste de su vida misionera: 200 catecúmenos desertaron inducidos, justamente, por el catequista que el P. Freinademetz había bautizado y contratado, y al mismo tiempo los soliviantó contra él. Fue una amarga decepción pero supo dominarse. El catequista continuó actuando de manera intolerable, pero la mayoría de los catecúmenos regresaron”.

Cuando al final de su vida el duro trabajo se hizo más llevadero, las persecuciones terminaron y la soledad ya no fue problema por el afecto de los cristianos y la llegada de muchos cohermanos y por el florecer de la misión, Freinademetz temió que este florecimiento pronto se marchitaría debido a la afluencia de europeos cuya religiosidad dejaba mucho que desear. Lamentándose escribe a su ahijado el 28 de mayo de 1902: “Por lo demás, al presente en China vivimos en paz y de nuevo son muchos los que abrazan el cristianismo. El mayor flagelo para nosotros y para los pobres chinos comienza a ser los numerosos europeos sin fe y totalmente corruptos que están inundando la China. Son, ciertamente, cristianos pero peores que los paganos. Lo único que les preocupa es ganar dinero e ir detrás de todos los placeres mundanos. ¡Pobre gente!

Justificando a sus chinos escribe: “Los chinos no son enemigos de la religión y si Europa fuese hoy cristiana, como podría y debería serlo, estoy plenamente convencido que toda la China abrazaría el cristianismo... El viento que llega de Europa es muy frío y malo y. por eso, temo que los pobres chinos permanezcan paganos y sean peores aun que los paganos”. Amargamente escribe un mes antes de su muerte: “El mal ejemplo de los que vienen a China, (...) los convierte (a los chinos) en indiferentes e, incluso, en enemigos del cristianismo”.

*Fuentes: Bornemann p.52; Berichte pp.37, 39f., 41; Nova et Vetera (SVD-interner Informationsdienst) p.1091; Brief an Patenkind Franz Thaler, China, 28. 05. 1902, Lettere p. 86f.; Brief an Elisabetta Thaler, Yenfu, 23. 01. 1907, Lettere p. 93; Brief an Elisabetta Thaler, 26. 12. 1907, Lettere p. 96;*

## **Para la reflexión**

Decepciones, crisis son parte de nuestra vida. Desaniman, frenan el curso de la vida y paralizan tantas cosas. Sin embargo, ahí reside su importancia: obligan a detenerse, a pensar y entonces se transforman en posibilidades. Son desafíos que animan a tomar en consideración otros caminos, a osar algo nuevo.

Dios permite crisis que no se pueden eliminar simplemente con oraciones o ejercicios piadosos. Las crisis, desde la fe, son también retos que nos obligan a la reflexión, despiertan en nosotros capacidades antes desconocidas, y fomentan así nuestro crecimiento como personas.

La fe no encubre problemas y dificultades, sino nos da fuerza y valor para ver las cosas en su total realidad. Es cuestión de fe aceptar que Dios actúe de distinta

manera a como yo me imaginaba y deseaba. El camino de Dios, con frecuencia, pasa a través de decepciones, crisis y sufrimientos, para introducirnos en una relación con Él que de otra manera nunca habiéramos descubierto.

¿Percibo que las piedras en mi camino pueden ayudarme a descubrir la presencia de Dios que me rodea por todas partes? ¿Consigo entender que, desde Dios, las crisis siempre son un signo de su amor y que, al mismo tiempo, son causa de enriquecimiento y madurez de mi vida?

# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

***Preparadas por el P. Pietro Irsara***

Director del hogar de nacimiento de San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## **Tema 3**

### **El hechizo de su carácter**

„De su carácter benévolo y afable emanaba un hechizo que ganaba los corazones de quienes se le acercaban” Así caracterizaba el Obispo Henninghaus a José Freinademetz, y añadía: “Sus ojos irradiaban habitualmente tanta bondad, tanta serenidad que los chinos a su lado muy pronto se sentían como en familia y en su casa”.

Puede ser que la manera de hablar y algunas expresiones de comienzos del siglo 20 suenen hoy a exageraciones, pero daba la impresión que Freinademetz poseía realmente una cautivadora e “incansable bondad y afabilidad”, y tenía una paciencia de mulo y un “noble y desinteresado amor”.

La bondad no le abandonó, según Henninghaus, tampoco cuando tenía que “sancionar y reprender”, si bien, tanto a los cohermanos como a los cristianos les imponía “no pequeñas exigencias”. Afirma Henninghaus citando a cristianos chinos: si alguna vez se ponía serio o se enojaba, lo que decía llegaba “hasta la médula”. Al parecer nunca llegó a emplear la mano pues uno de sus lemas era: “La mano del sacerdote está para bendecir, no para castigar”.

Con el tiempo y su contacto y trabajo entre los chinos tanto mayor fue la comprensión que Freinademetz demostró hacia ellos y a su manera de ser, y tanto más manifestaba su natural carácter. El Obispo Henninghaus atribuye “su amable y jovial afabilidad” a su natural índole, pero reconoce también un fundamento más profundo: “Su atrayente manera de ser se purificó, en la escuela del Sagrado Corazón, en oro puro y en noble y sobrenatural abnegación, adquiriendo tal dominio de sí mismo que no se dejaba influir ni por emociones ni por el tiempo”

Esto, sin embargo, no significa que no tuviese “días de sufrimiento”, destaca el Obispo, y cree que Freinademetz tuvo suficientes momentos en los que podía decir con el salmista: “Mezclo mi bebida con llanto” (Sal 102,10).

Que no descargase sobre las espaldas de los otros las decepciones, los fracasos y los momentos desagradables, el Obispo lo atribuye “al alma de su carácter”, a su desinterés. No en vano otra de las máximas de Freinademetz era: “A los otros no rehusar nada, para sí mismo no exigir nada”, o como afirma el P. Juan Blick: “Los paganos se convierten por la gracia de Dios y, añadimos

nosotros, por nuestro amor”, pues, “El idioma del amor es el único idioma extranjero que entienden los paganos”. Freinademetz aprendió a “hablar” este “idioma extranjero” excelentemente.

*Fuentes: Henninghaus pp. 69, 77f., 81, 82, 83; Erinnerungen p. 99;*

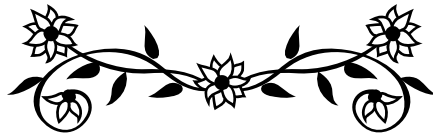
### ***Para la reflexión***

Un compañero de estudios en Bressanone, el redentorista P. Francisco Mair, describe a Freinademetz de la siguiente manera: “No encuentro mejor descripción (sobre él) que la de ser la personificación de los doce frutos del Espíritu Santo, como una personalidad que irradia la virtud sobrenatural de la serenidad. De su interior emanaba el espíritu de amor, la serena alegría, la paz interior, la dulzura, la honestidad”.

¿Me impresiona esta actitud vital? ¿Me esfuerzo en adquirir estas virtudes?

La experiencia nos enseña que el amor comprensivo y paciente hacia el prójimo no siempre es fácil. El ejemplo de este santo ¿puede ayudarnos y espolearnos a vivir este desinteresado y servicial amor y bondad?

¿Cómo me comporto frente a quien me trata con frialdad y de quien no percibo amor hacia mí?





# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

***Preparadas por el P. Pietro Irsara***

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## ***Tema 4***

### **La oración como fuente de vida**

¡José Freinademetz trabajaba mucho y rezaba mucho! Con mucha frecuencia permanecía hasta altas horas de la noche ante el tabernáculo. No existe prácticamente carta que no contenga la petición de oraciones por los chinos y por la misión a él encomendados. También él mismo resalta con fuerza que nunca olvida a quienes escribe y siempre los encomienda al Sagrado Corazón y a la Virgen María.

Desde Steyl, es decir, antes de despedirse para siempre de su patria, escribe: “Rezad y agradeced a Dios también vosotros cada día, al menos con un Padre nuestro y Ave María, pues tuvo la bondad de elegir un misionero en nuestra familia”. Continuamente había “pedido” esta vocación: “Después de haberlo consultado muchas veces en oración con el Sagrado Corazón de Jesús y experimentar que este pensamiento me dominaba con fuerza durante la oración, creo descubrir en esto una señal...” se lee en su solicitud de admisión que envió a Arnoldo Janssen.

Antes de viajar a Steyl, exhortó en su sermón de despedida a los feligreses de S. Martín: “¡Rezad! La oración es la llave del paraíso. La oración es el bastón en nuestro peregrinar; la fuente de agua viva; la comida que fortalece nuestra alma”.

El pensamiento de un reencuentro en el paraíso le consuela en la despedida definitiva de la familia y de la patria. Esto no se consigue sin la oración. Durante el viaje a China, desde Singapur, escribe a sus padres: “Rezad por mi que yo rezaré por ustedes, para que este día sea un día de alegría para todos nosotros. Rezad también, para que yo obtenga la gracia de trabajar mucho en la viña del Señor para la salvación de las almas”.

Cuán asociado esté el trabajo en la viña del Señor con la oración, lo expresa él mismo en un largo informe a Steyl: “Me encontraba solo en medio de un pueblo totalmente pagano. (...) ¡Deo gratias! (...) Ahora, ¿qué podré hacer y organizar aquí? (...) ¡Buen Dios, construye tu, de lo contrario construyo inútilmente; lucha Tú, vigila Tú, de lo contrario lucho y vigilo yo inútilmente! La cosecha sería grande, pero... ¡Dios lo quiere! Por tanto ¡ánimo y a trabajar!

Para el P. Antonio Volkert, que vivió con Freinademetz el tiempo de adaptación como novel misionero, Freinademetz era “un hombre de oración”: “Durante el viaje sentado en el carruaje, rezaba o leía. En casa, al final del día, se lo veía en la iglesia absorto en oración y, con frecuencia, hasta muy entrada la noche”.

También para Mons. Henninghaus fue el P. Freinademetz “un hombre de oración. Para él la oración era fuente de vida y alegría. En su vida de oración el primer lugar lo ocupaban los dos importantes deberes del sacerdote: la Misa diaria y el rezo del breviario. Ni siquiera durante los penosos viajes misioneros omitió jamás estos dos santos ejercicios. (...) Incluso cuando el trabajo apremiaba, buscó el tiempo apropiado para rezar el breviario. (...) Se lo podía ver, absorto en profunda oración, arrodillado ante el altar por largo tiempo y varias veces al día,. Se puede afirmar que, todo el tiempo que no estaba ocupado en tareas propias de la misión, lo dedicaba a la oración. Tenía especial devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El amor y veneración al Sagrado Corazón de Jesús era para él, como tirolés, una herencia ancestral. El juramente con el que sus padres se consagraron al Sagrado Corazón era para él algo sagrado y respondía totalmente a los sentimientos de su corazón. Implantar este amor y veneración en otros, fue siempre uno de sus grandes anhelos”.

*Fuentes: Brief an Franz Thaler, Lettere p. 62; Brief an die Eltern und Geschwister, Steyl 29.10.1878, Lettere p. 15; Bornemann pp. 36, 40, 148; Brief aus Singapur, 14. April 1879, Lettere p. 21; Berichte p. 61; Henninghaus p. 83f.*

### **Para la reflexión**

José Freinademetz estaba convencido de la fuerza de la oración. Esto lo convertía en una persona intrépida. “Por más que el mundo se venga abajo, Dios nunca deja de atender la oración. Sólo una cosa es siempre necesaria, rezar mucho. Una vida sin oración es el camino más seguro hacia el infierno. No olvidéis nunca de rezar por nosotros y por todos los misioneros”.

- ¿Estoy convencido de la fuerza de la oración?
- ¿Se puede afirmar de mí: “Es un hombre de oración”?

Freinademetz sabía que Dios no necesita la oración, somos nosotros que la necesitamos en nuestra vida. Nunca olvidó que el contenido de nuestra oración no deben ser sólo nuestras preocupaciones y problemas, sino sobre todo, los de los otros. Rezando nos hacemos voz de la Iglesia en el mundo entero – como José Freinademetz en China.

- ¿Tengo presentes en mi oración los problemas y preocupaciones de los demás?
- ¿Pido la ayuda de Dios para nuestros cohermanos, para nuestros misioneros y para una fructífera misión?



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## **Tema 5**

### **Apasionado e infatigable**

El P. Freinademetz, sobre todo en las primeras décadas, fundó o al menos consolidó, todas las comunidades cristianas. Visitaba estas comunidades continuamente. Carecía de un verdadero domicilio. Donde vivía un cristiano, esa era su casa. Para llegar a las comunidades más lejanas, debía recorrer cientos de kilómetros. Llevaba consigo lo más indispensable: Utensilios de altar, ropa de cama, vestimenta, etc. Para eso utilizaba un caballo o un mulo, muy raras veces un furgón. Un chino solía ser su acompañante.

Como misionero itinerante también era **P r e d i c a d o r**. Siempre “tenía por costumbre, allí donde se daba la oportunidad, en viajes, en posadas, predicar a las gentes que allí concurrían o entablar con ellos diálogos religiosos. Por muy rendido que estuviese después de largos viajes, nunca osó despedir a la gente sin dirigirles antes unas amables palabras”. Al final de su vida, en otoño de 1907, hizo su último largo viaje recorriendo los territorios de Lini y Tsingtao. Este viaje fue para él tan extremadamente duro que por dos veces tuvo que reposar por largo tiempo.

Su mayor preocupación fue la vida cristiana de las comunidades. Tomaba muy en serio la preparación de los catecúmenos al bautismo y la primera comunión. En cuanto podía él mismo les daba cursillos y conferencias. En la catequesis como en la predicación sus temas preferidos eran las verdades de la fe y la introducción a la oración.

A pesar de sus innumerables ocupaciones el P. Freinademetz encontraba tiempo para escribirle al Obispo sus experiencias, traducir textos y escribir folletos, entre éstos un resumen de la doctrina cristiana, una devoción a la misa, normas para los responsables de comunidades. Para los seminaristas escribió en latín dos tratados sobre la misa y sobre el breviario.

Finalmente el P. Freinademetz fue, a distintos niveles, **S u p e r i o r**: Rector en Puolichwang, Director de escuela en Tsining, Responsable de los catequistas, Pro-vicario, seis veces Administrador de toda la misión, Provincial. Por algún

tiempo fue incluso Ecónomo, lo menos adecuado para él, pero también este servicio lo desempeñó a conciencia.

Durante los ejercicios espirituales de 1902 el P. Freinademetz citó con frecuencia la frase de S. Pablo en la 2ª carta a los Corintios: “Por mi parte, con muchísimo gusto gastaré, y me desgastaré yo mismo por vosotros” (2Cor 12,15). José Freinademetz hizo suya esta frase y siempre estuvo dispuesto a dar todo, también su vida.

*Fuentes: Henninghaus, p. 186;*

### ***Para la reflexión***

Intento ser consciente de mis capacidades y talentos, de mis esperanzas y éxitos, de mis metas ya conseguidas. ¿Hasta qué punto dirijo mi atención a las muchas necesidades de las personas?

Jesús quiere que alcancemos la verdadera vida, la vida en alegría y abundancia.

¿Soy consciente que Él cuenta también con mi ayuda?



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## *Tema 6*

### **Un testigo agradecido**

Tomás Tien SVD, primer cardenal chino, fue alumno del P. José Freinademetz. En mayo de 1963 visitó Oies y dirigió en alemán unas palabras a la comunidad parroquial en la iglesia de S. Leonardo/Badia, en la que José Freinademetz fue bautizado, celebró su primera misa y se despidió de su patria.

“... Queridos: Es para mí una gran alegría estar en vuestra comunidad y cumplir con un gran deseo de mi corazón, agradecer sinceramente a vuestra comunidad y a vuestro pueblo, de mi parte y de parte de mi pueblo por el misionero que nos mandasteis. El P. Freinademetz, el Siervo de Dios, fue un misionero según el pensamiento de Dios y uno mejor no hubiéramos podido desear. Que haya sido un auténtico misionero lo vemos por los sufrimientos que pasó para poner pie en mi patria y para poder anunciar allí la fe. Mi patria fue una vez la patria de Confucio y por eso, las clases intelectuales de mi patria chica, se oponían a los misioneros extranjeros. Trataban, por todos los medios, de impedir la entrada de los misioneros. Por este hecho podéis deducir la vía-crucis que significó para vuestro Siervo de Dios sólo el ir a mi patria. Pero, como el Salvador, llevó su cruz, y la llevó él con heroísmo: aceptó todo oprobio y toda dificultad que se le hizo sólo por la salvación de las almas. Y la gracia de Dios triunfó.

(...) Hace muchos, muchos años que deseaba visitar la patria de vuestro santo misionero y ahora que he tenido la suerte de estar entre vosotros, mi alegría es completa. Mi esperanza y anhelo se han cumplido. Tenía que venir para hablaros de él, pues tuve la fortuna de vivir con él unos ocho años. Él me recibió, primero en la escuela elemental y luego en el seminario. Aquí con frecuencia le ayudé en la misa como monaguillo, escuché sus instrucciones y nunca podré agradecerle debidamente lo mucho que recibí de él. Fue un misionero a carta cabal. No sólo por la pesada cruz que tuvo que llevar y los sufrimientos que tuvo que soportar, sino, sobre todo, porque allí, en mi patria, se hizo todo a todos. Se alegraba con quien se acercaba a él con alegría, encontraba en él consuelo y ayuda quien se acercaba con dolor. Nosotros le llamábamos simplemente “nuestra madre”. Él nos ayudaba en todo lo que podía y sigue ayudándonos hoy en día. No solamente en vuestra patria se le pide ayuda y protección, no solamente vosotros os sentís más fuertes cuando le rezáis. También mi pueblo,

también nuestros creyentes le rezan todavía hoy, y quien le reza nunca queda desatendido.

Queridos: Por eso mi gran alegría de estar en su patria, poder rezar en la casa de Dios donde él se hizo hijo de Dios, poder celebrar la Eucaristía en esta iglesia en la que él creció y se hizo misionero, el misionero que luego llegó a mi patria”.

*Fuentes: Bornemann p. 805*

### **Para la reflexión**

Dijo el Cardenal Tien: “La imagen de este sacerdote arrodillado ante el tabernáculo quedó indeleble en mi recuerdo”.

- ¿Busco la oración personal ante el tabernáculo?

Dijo el Cardenal Tien: “El P. Freinademetz estaba siempre a disposición de todos. Sabíamos que siempre podíamos recurrir a él. Nunca éramos una molestia para él. Siempre se mostró afable, era un santo”.

- Amabilidad hacia los otros pertenece a la esencia de la misión. ¿Cómo es mi comportamiento frente a quienes no piensan como yo, que pertenecen a otras culturas o que son pobres y marginados?



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## **Tema 7** **Cuerpo y alma**

En febrero de 1898 el P. Freinademetz visitó, como representante del Obispo, las tropas coloniales alemanas que en noviembre del año anterior habían ocupado la bahía de Kiaochow. Los soldados quedaron muy impresionados. El capitán Dannhauer describió al misionero en el diario local de Berlín: “En su gallarda y otrora auténtica robusta figura tirolesa son visibles los numerosos padecimientos y privaciones que tuvo que aguantar durante los diez y nueve ininterrumpidos años que ejerció su dura labor misionera en el interior de China. Si bien camine un tanto encorvado, su cara y mejillas estén demacradas, pálidas y débiles y sus ojos profundos en sus cavidades, justamente esos ojos, de mirada por lo general amable y serena, irradian entusiasmo e inquebrantable energía cuando en sus narraciones sale el tema de su vocación”.

En este tiempo el P. Freinademetz no gozaba de la mejor salud. Las fatigas y privaciones de largos años se hacían sentir siempre más. Últimamente le falló la voz. Él que con tanto entusiasmo y de buen grado predicaba, no podía hablar con voz fuerte. La laringe y los órganos respiratorios estaban afectados, escupía sangre.

Cuando el Obispo Anzer, a mediados de mayo de 1898 regresó de Europa, mandó a su Pro-vicario a Shanghai para una revisión médica a fondo. El reconocimiento demostró que el pulmón estaba afectado. El médico le prescribió reposo absoluto y tranquilidad. El Obispo lo mandó a Nagasaki en Japón. A Freinademetz le resultó muy difícil separarse de “su” misión. El lugar que le indicaron, Unzen, con instalaciones a la manera europea, no correspondía a su manera de ser. Tras pocas semanas regresó a China. Se sentía mejor, pero no curado. Todavía tenía prohibido predicar. Puso su vida en las manos de Dios y se mostró muy agradecido al Obispo que “tan generosamente le había permitido ese viaje de descanso”.

Freinademetz no tenía consideración consigo mismo, descuidaba mucho su salud. ¿Tenía derecho a eso? Como Provincial, por otra parte, se preocupaba mucho por el bienestar corporal y espiritual de los cohermanos. Construyó la casa central en Taikia y exigía a los misioneros usar los espacios y posibilidades

que ofrecía para el descanso, ejercicios espirituales y la formación permanente. Su gran inquietud era que allí los cohermanos se sintiesen cómodos y a gusto. El P. Freinademetz, no obstante su ascesis y humildad personal, era claramente una persona sociable, inclinada también a las bromas. “Así como Freinademetz no pertenecía a los ‘hijos del trueno’ tampoco a los pesimistas” dice de él Henninghaus, y añade: “Donde él estaba, reinaba un ambiente alegre. Como Superior no pertenecía a esas personas cuya cercanía parece ser una fría niebla que deprime y paraliza el entorno”.

*Fuentes: Bornemann p. 273; Henninghaus pp. 394 und 82f.*

### ***Para la reflexión***

El servicio en la viña del Señor nos exige que cuidemos nuestra salud, que nos tomemos tiempo para el recogimiento y la reflexión para que no padezca también la vida espiritual. El cuerpo y el alma deben estar en armonía, esto hace que la persona esté contenta y alegre.

¿Me muestro agradecido por mi salud y la considero como un regalo de Dios?

¿Cuido mi salud? ¿Acudo a tiempo al médico cuando comienzan los dolores y los achaques?

¿Trato, a mi edad o en la enfermedad, de descubrir la voluntad de Dios y sobrellevar los ocasionales dolores con humor y resignación?





# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

***Preparadas por el P. Pietro Irsara***

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## ***Tema 8*** **Acercándose al final**

A principios de enero de 1882 el entonces Vicario Apostólico para todo Shantung, el franciscano Mons. Eligius Cosi, nombró a Juan Bautista Anzer su Pro-vicario para Shantung del Sur. Pocos días después, Anzer fue a Puoli donde encontró la única y pequeña comunidad cristiana de todo el territorio encomendado a los Misioneros del Verbo Divino.

Cuando la Misión en Shantung del Sur celebró sus bodas de plata el 28 de enero de 1907, nadie podía imaginar que ese día, un año más tarde, se apagaría la luz del gran misionero tirolés. –El Obispo Anzer había fallecido ya en 1903.

La celebración del jubileo fue un canto de agradecimiento a Dios por su protección y bendición durante esos años. El P. Freinademetz estaba en Yenchowfu. Ese día estaba fue para él no sólo motivo para echar una mirada retrospectiva, sino también una mirada hacia el futuro. Ese día bautizó a 150 nuevos cristianos, preparados a conciencia por él mismo en un curso de varias semanas.

Según relata el Obispo Henninghaus en la biografía, en ese tiempo el P. Freinademetz se encontraba muy débil. Enfermedades, penalidades y sufrimientos “dejaron en él huellas, canas plateadas mezcladas con su cabello y marcaron sus amables rasgos faciales con profundos surcos. Su voz había perdido su anterior sonido claro y metálico. Sin embargo, y a pesar de todo, continuó como antes con su ascético y piadoso ritmo de vida. La severidad consigo mismo no disminuyó lo más mínimo. Su serena y cordial amabilidad era siempre la misma, y ahora, más que nunca, ardía en el pecho del hombre maduro el fuego de su ‘primer amor’: el santo celo por las almas. Esto le daba frescura juvenil, fuerza y alegría en el cumplimiento de todas las tareas que le fueron encomendadas para el bien de la misión”.

Medio año después de la celebración del jubileo, a principios de 1907, Mons. Henninghaus viajó por primera vez a Europa como Obispo. Por tanto, el P.

Freinademetz tuvo que asumir la dirección de la misión. Esto lo convirtió, por sexta vez, en Administrador de la diócesis.

A mediados de agosto comenzó la visita de la misión a partir del Este, que lo mantuvo por más de tres meses alejado de la central. Un accidente y muchas fatigas le causaron varios males, los riñones y el corazón fallaron, tenía agua en los inflamados pies y piernas lo que le obligó a reposar por varios días. En diciembre regresó a Yenchowfu. Quiso prepararse para el Sínodo Regional, como representante del Obispo, pero no lo consiguió. En Yenchowfu se había desencadenado el tifus y había exigido ya muchos sacrificios a la misión. José Freinademetz no se cuidó y se contagió. Su debilitado cuerpo no pudo ofrecer ninguna resistencia.

*Fuentes: Henninghaus, p. 619*

### ***Para la reflexión***

Toda persona desea larga vida, es decir, llegar a viejo. Pero, ¿cómo nos preparamos para nuestra vejez? Freinademetz pidió repetidas veces a sus Superiores que le liberasen del cargo de Provincial. ¿En qué medida estamos dispuestos a entregar responsabilidades a los más jóvenes?

A pesar de la enfermedad, de achaques corporales y sufrimientos en José Freinademetz se percibía “frescura juvenil, fuerza y alegría en el cumplimiento de todas las tareas”.

¿Cómo puedo irradiar “alegría para trabajar” por más que experimente molestias corporales?



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

*Preparadas por el P. Pietro Irsara*

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## *Tema 9*

### **La epidemia mortal**

A finales del siglo 19 y principios del 20 el tifus era una de las más temidas enfermedades en China. También entre los misioneros y misioneras exigió sus víctimas. A finales de 1907 volvió la epidemia a Yenchowfu donde la misión mantenía un orfanato y una casa para niñas. El P. Freinademetz regresó, a principios de diciembre a Yenchowfu después de la visita a la misión. Corporalmente estaba agotado. Según un cohermano, a duras penas lograba mantenerse en la silla del caballo. Yenchowfu era la sede episcopal y como el Obispo Henninghaus permanecía desde junio en Europa, el P. Freinademetz, como su representante, debía despachar los asuntos diocesanos. A su regreso le apremiaba la preocupación por los enfermos. “Como un buen padre estaba entre sus niños afectados tratando de consolar, ayudar y, ante todo, de preparar a los más graves a una buena muerte. Cada mañana iba de habitación en habitación llevando la comunión a cada uno”, informaron a su primer biógrafo. Mucho le afectó la muerte de la primera Superiora de las Siervas del Espíritu Santo: “El buen Dios nos la ha llevado y nosotros debemos y queremos soportar con valor el duro golpe como voluntad de Dios”, escribió al Superior General Arnoldo Janssen. Cada vez se sentía más desanimado. No podía con todo, estaba decaído, casi depresivo: “¡Dificultades y más dificultades! Regrese lo antes posible... Con frecuencia me siento confuso y a veces triste”, escribió al Obispo.

El continuo contacto con los enfermos fue causa del contagio de la enfermedad. Viajando el 17 de enero a Tsining para tomar los exámenes en la escuela de catequistas, se lamenta de fuertes dolores de cabeza. Escribe, no obstante, una detallada –la última- carta a su Obispo y amigo: “El carruaje de la misión, entre tantas cruces y sufrimientos, sigue su rumbo normal (...)”. Termina la carta con un pedido de bendición que suena a despedida: “¡Quiera Vuestra Gracia bendecir tantas y tantas veces a su rebaño y rezar por él. El buen Dios acompañe todos sus pasos, haga fructífero su abnegado trabajo para usted mismo y para Shantung del Sur y con buena salud le devuelva cuanto antes entre nosotros!”

La carta es de “tres cuartillas y media” y “todavía con su característica clara y fluida escritura. Ninguna palabra delata que se siente muy enfermo o, incluso, muy cercano al fin. Aparte de las mencionadas breves observaciones personales, informa solamente de los acontecimientos y necesidades de la misión permaneciendo fiel y firme en sus tareas”, valora así el Obispo la última carta de su representante.

Al día siguiente, 18 de enero, el P. Freinademetz tuvo que interrumpir los exámenes; sentía el tifus en todo su organismo. El domingo 18 de enero, celebró, por última vez, la eucaristía. Por la tarde lo trasladaron a Taikia, su sede como Provincial. “Es el último viaje”, dijo al subir al carruaje.

*Fuentes: Henninghaus p. 628f; Bornemann p. 499, 503*

### ***Para la reflexión***

El P. Freinademetz sentía claramente que sus días estaban contados, que su vida cargada de esfuerzos y luchas llegaba a su fin. Esto no le impedía informar a su Obispo sobre las dificultades y problemas de la misión y enviarle deseos de bendición. Sobre su estado físico, sin embargo, ni una palabra. “Que Cristo se personifique en nosotros, esta es y seguirá siendo mi oración”, escribió al Obispo para el Año Nuevo de 1907. La fuente de su fuerza fue la fe y su confianza en el amor y ayuda de Dios. “Quien ama su vocación, no va por malos caminos”, dijo a las Hermanas en unos ejercicios.

Pruebas y dudas de estar “en el recto camino” existen en toda vida, también en la mía ... ¿Cómo siento que el Señor me asiste y me da fuerza y paciencia para perseverar?

¿Dónde busco valor y fuerza, sabiduría y paciencia para cumplir con fidelidad y responsabilidad las tareas que se me han encomendado?



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

***Preparadas por el P. Pietro Irsara***

Director del hogar de nacimiento de San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## ***Tema 10***

### **“Ahora se va hacia arriba”**

“¡Bien, ahora estoy listo, ahora se va hacia arriba!” Con estas palabras, recuerda el Hno. Ulrico Heyen, el P. Freinademetz, gravemente tocado por el tífus, descendió del carruaje que lo trasladó desde Tsining a la casa provincial en Taikia. Era la tarde del domingo 19 de enero de 1908.

En la noche siguiente tuvo alta fiebre, que en la mañana del lunes aflojó un poco. Él, sin embargo, no se hacía ilusiones y tomó sus últimas disposiciones – Como Provincial era Superior de la Congregación y al mismo tiempo, en ausencia del Obispo, Administrador de la Diócesis. En una carta, que debía abrirse sólo después de su muerte, nombraba a su sucesor, “hasta que los Superiores decidiesen otra cosa”. “Por lo demás muero en total confianza en la misericordia del Sagrado Corazón, en su intercesión y en la de mi Madre María en la de mi patrón de nombre y de muerte, San José”, decía al final de la carta que firmó: “Taikia, 20-1-1908, desde mi lecho de enfermo, Jos. Freinademetz”.

Con profunda devoción recibió la unción de los enfermos o la “Extremaunción”, como se la denominaba en aquel entonces, y que como tal la recibió.

Sobre su lecho, que ya no pudo abandonar, y por deseo del él, se colgó una imagen de S. José, del Corazón de Jesús y del ángel de la Guarda. Durante su vida confió en ellos y deseaba tenerlos ante sus ojos en el momento de su muerte. Sus manos temblorosas sostenían el Rosario con la cruz, como acostumbraba habitualmente.

Los pensamientos del libro “Preparaciones para la buena muerte” que le leían por expreso deseo suyo, le ayudaron a vencer los últimos temores ante la muerte, y al final pudo decir: “Cuando se ha cumplido con su deber y obrado lo mejor posible, el buen Dios tendrá misericordia...”

Cumplió con su deber hasta el último día. Con mano temblorosa escribió el 21 de enero al P. Röser: “Le escribo yaciente en cama, enfermo de tífus. Ayer por la noche tuve 39 de fiebre; ya he sudado bastante. ¡Entre tanto debo prepararme a mi última hora! ¡Fiat voluntas Dei Summi Omnipotens (Se haga la voluntad del Sumo y Todopoderoso Dios)!” Es conmovedor que, en tal situación, reserve su pensamiento para los otros, especialmente para “sus” queridos chinos: “La enfermería de las vírgenes” (se refería a las jóvenes huérfanas que permanecían en la casa de Yenchowfu hasta su matrimonio) “debe tener una estufa”, le pide

al P. Röser, y continúa: “Cuando se está enfermo uno se siente bien cuando le hacen algo bueno y nosotros debemos lo mismo a los chinos. Nosotros vinimos para servir”. – Si bien en estado muy grave, permanece fiel a sus convicciones y a su cometido. Al final de la carta se lee: “Usted me da lástima ya que tiene que permanecer en medio de tantos enfermos de tifus. El buen Dios le asista y le proteja del contagio. Memento mei, quaeso (acuérdesese de mi, por favor) ante todo, si el buen Dios me llama”.

Sus cohermanos, en especial el Hno. Ulrico Heyen, que junto con él había pasado por tantos peligros, trataron al enfermo con amorosa solicitud e hicieron por él lo que podían, ante todo, lo que durante su vida él había hecho por ellos: Rezaron mucho por él, e igualmente los cristianos de los alrededores. Día tras día, el P. Pedro Noyen celebraba la misa en una habitación contigua y le daba la santa Comunión. Siempre permaneció cerca de él un Padre o un Hermano. Uno tras otro llegaban los misioneros de las estaciones circundantes para estar con él aunque sea un momento. En nombre de todos el P. Teodoro Bückner tuvo hacia él palabras de agradecimiento y despedida y le pidió la bendición para los sacerdotes y para la misión. Y le aseguró: “Le prometemos seguir trabajando según su espíritu”. Él, enfermo de muerte, no se quedó atrás: ¿Quieren trabajar según mi espíritu? ¡Hace tiempo que no hago todas las cosas bien!”

*Fuentes: Bornemann pp. 503-506; Henninghaus pp. 630-633*

### **Para la reflexión**

José Freinademetz vivió su vocación personal hasta el último momento con todo su ser. La fuerza motriz más profunda de su vida fue el amor. Sirviendo a las personas hizo visible y palpable el amor de Dios y a tantos los acercó a Dios, los animó y los colmó de alegría. Cuando llegó su hora de separarse definitivamente de aquello que tanto había amado, que había construido, pudo hacerlo en la confianza de que no había vivido en vano.

¿Cómo me preparo a mi muerte?

¡La camisa de muerto, no tiene bolsillos! Por tanto debo liberarme y separarme de aquello que en mi vida me fue querido y precioso. ¿Soy consciente qué –y quién- es todo eso?

¿Soy consciente que, en último término, no se trata de qué y cuánto he realizado, sino sólo y únicamente, si he amado a los demás y he realizado mi vida como viva imagen de Dios.



# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

***Preparadas por el P. Pietro Irsara***

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## ***Tema 11***

### **“Agradeced al Doctor”**

La fuerza vital de José Freinademetz se consumió. Su cuerpo extenuado no podía oponer resistencia al tifus. Nueve días, del 19 al 28 de enero, duró su muerte. Los dolores se hicieron insoportables y, ni los métodos curativos chinos ni el arte de un médico americano, pudieron ayudarle. Al último le salieron las lágrimas cuando el enfermo de muerte, después de varias horas de inconsciencia volvió en sí y murmuró al Hno. Ulrico: “¡Agradeced al doctor!” En los últimos días perdió varias veces la conciencia, entre tanto se escuchaban jaculatorias. Su última noche se convirtió en la noche de tormentos causados por un dolor vesicular adicional. Un tratamiento produjo un poco de alivio hasta que entró en un total agotamiento. No tuvo una verdadera agonía. Acompañado por la oración de sus cohermanos, José Freinademetz se durmió en el Señor el 28 de enero de 1908 en torno a las 18,00. Se trató, en el auténtico sentido de la palabra, de una vuelta a la casa del Padre.

Por más que su muerte no fue inesperada, sus más directos colaboradores quedaron muy afectados. “El golpe más duro que podía sucederle a nuestra misión, ha sucedido hoy”, escribió el P. Jorge Stenz al Superior General en Steyl y le informa: “Alrededor de la seis de la tarde falleció aquí de tifus nuestro buen Pro-vicario. (...) Durante su enfermedad nos ha dado un heroico ejemplo de paciencia. Él no deseaba morir todavía, pero se sometió totalmente a la santa voluntad de Dios. (...) ¡Ahora se sentirá en Shantung del Sur lo que él era para nosotros!”.

Eran conscientes que en el P. Freinademetz habían perdido a alguien más que simplemente normal: “Un duro golpe no sólo para la misión, sino también para toda la Congregación”, escribió el P. Juan Düster y añadía: “Inmediatamente se rezó por el fallecido, pero también se le rezó a él”.

Este fue también el pensamiento de la Hna. Blandina, de las Siervas del Espíritu Santo, que escribió: “A nuestro muy apreciado Superior Freinademetz se lo puede venerar como un santo. A nosotros, pobres huérfanos, nos queda el consuelo de tener un especial y buen intercesor. ¡El futuro lo demostrará!”

Especialmente grande fue el duelo entre los sencillos chinos: “¡Serán muchos los que lloran a Fu Shenfu!” afirmó un catequista consciente que el fallecido se había ofrecido por “sus” chinos. Lo que conmovió a los cristiano no fue sólo lo

que hizo por ellos, sino, y ante todo, cómo los trató: “¡Me siento como si hubiese perdido a mi padre y a mi madre!” resumía uno su sentimiento en palabras.

El Superior General, P. Arnoldo Janssen, trató de consolar a los cohermanos: “El Señor Dios se llevó a este segundo fundador de la misión, esta buena alma, que en Shantung del Sur ganó grandes e inmortales méritos. Por eso esperamos que su corona celestial estuviera preparada y que el Señor lo haya llamado para dar a su siervo fiel el merecido descanso y un buen puesto en su excelso reino. Cuanto más celosa, desinteresada y abnegadamente trabajó, tanto más se alegrará ahora y será para nosotros un intercesor ante el trono celestial”.

*Fuentes: Bornemann pp. 506-508*

### **Para la reflexión**

El P. Freinademetz no anhelaba la muerte. Al principio algo temeroso, se dejó guiar por los pensamientos de un libro, se tranquilizó y calmó, y al final, pudo despedirse en paz consigo mismo y con el Señor e irse con la conciencia de haber “combatido el buen combate, corrido hasta la meta, mantenido fiel (2Tim 4, 7).

Para muchos cristianos estaba claro: “¡Si él no está en el cielo, entonces que nadie espere entrar en el cielo!

En su patria se imprimió un recordatorio que decía: “Falleció en China en olor de santidad...”.

¿Qué impresión deja en mí la muerte de este santo varón? ¿Qué puedo aprender de él para mi vida – para mi muerte? ¿Qué hago contra el miedo ante la muerte? ¿Me pregunto seriamente si cumplo la voluntad de Dios, o bien, si cumplo lo que Él espera de mí?

¿Qué significa para mí “santo”? ¿Qué significa para mí una vida “santa”? ¿Estoy convencido que Dios me pide vivir y morir “santamente”, es decir, de acuerdo con su plan de salvación?





# Reflexiones para el Centenario de la muerte de San José Freinademetz SVD

**Preparadas por el P. Pietro Irsara**

Director del hogar de nacimiento de  
San José Freinademetz en Oies, Badia, Italia

## Tema 12 “Un verdadero Santo”

Freinademetz era conocido y apreciado entre los cristianos de China y a personalidades de la Iglesia. Como tales fueron las señales de condolencia y aprecio al conocerse su muerte.

*Mons. Jarlin SM, Vicariato Apostólico Tscheli-Norte, Pekín:*

“Nosotros amábamos y honrábamos a su querido difunto. Recuerdo la buena y gran impresión que me causó cuando, hace varios años, lo encontré en Pekín. Su recuerdo ha permanecido siempre adherido a mi corazón. Me pareció haber visto un S. Francisco de Sales, tan humilde y bondadoso me pareció. ¡Oh, sin duda, el Señor lo ha recibido en el paraíso. Sin embargo, lo he encomendado a las oraciones de todos mis sacerdotes y cristianos”.

*Mons. Ciceri CM de Kinkiang:*

“Con dolor he recibido la noticia de la pérdida que vuestro Vicariato ha sufrido con la muerte del Rdo. P. Freinademetz. Lo apreciaba mucho, pues lo conocía personalmente y estimaba mucho sus virtudes. Era un verdadero santo”.

*P. Henri Boucher SJ, Rector de los Jesuitas en Zikawie:*

“Ustedes, en la persona del Rdo. P. Freinademetz, han perdido un extraordinario miembro de su Congregación, un sacerdote según el corazón de Dios, un verdadero apóstol”.

*P. Thomas Ceska, Lazarista de Tscheli:*

“En cuanto a mi, la triste noticia del fallecimiento de vuestro santo Superior y Pro-vicario, el P. José Freinademetz, la he sentido con especial dolor, tanto más ya que el querido difunto era mi compatriota y sus virtudes eran conocidas más allá de las fronteras de vuestro Vicariato Apostólico. Vuestra estimada misión tiene ahora un intercesor ante el Trono de Dios”.

Tomás Tien, primer cardenal de China, fue alumno de S. José Freinademetz y recordaba en cuán alta estima tenían sus compatriotas chinos al P. Freinademetz: “Todos los cristianos consideraban a Freinademetz un santo viviente. ‘Es como Kungtse’ (Confucio) decían los chinos: ‘en él todo es bueno, todo perfecto, siempre amable, sencillo y humilde’. Hablaba bien el chino. Quienes estuvieron en contacto con él, tuvieron una gran impresión sobre él. Un anciano catequista, que no veía nada bueno en los misioneros extranjeros y por principio tenía una opinión contraria a los demás, estaba de acuerdo con los otros y decía: ‘Fu Shenfu es un santo. Es distinto de los demás’. Cuando estuve en el seminario en Yenchowfu, me encontraba con frecuencia con el P. Freinademetz. Teníamos por costumbre, cada domingo después de la misa mayor, ir a conversar con él”.

“En la iglesia se arrodillaba en el presbiterio, visible a todos nosotros. Era una extraordinaria vivencia verle rezar. La imagen de este sacerdote arrodillado quedó indeleblemente impresa en mi recuerdo... Era una persona para los demás y se entregó hasta el extremo por los otros, desinteresado y olvidado totalmente de sí mismo. Su piedad era sincera y contagiosa”.

*Mons. Agustín Henninghaus, por largo tiempo compañero de correrías:*

“Nunca, durante sus largos años de misionero, gozó de alguna preferencia exterior; nunca recibió un

reconocimiento de parte de los chinos, ninguna condecoración, ningún rango, ningún homenaje aunque en su tiempo el gobierno chino era bastante generoso en este sentido (...) El P. Freinademetz que hizo bien a tantos y miles se sentían deudores de agradecimiento y admiración, jamás recibió un tal regalo. (...) Para quienes conocen las circunstancias de aquí, esto es llamativo y se comprende cómo Freinademetz supo huir discretamente de reconocimientos exteriores. No deseaba para él ningún agradecimiento terrenal, ninguna recompensa, no quería salir de las filas del milites gregarii (soldado raso), sino en humildad y fidelidad cumplir con su deber”.

*Continúa el Obispo Henninghaus:*

Nunca le faltaron peligros, sufrimientos, preocupaciones, penas, horas amargas. Él, sin embargo, permaneció siempre el mismo. Su carácter y sus afanes estaban enraizados en Dios y encaminados sólo hacia Él. En Él encontraba apoyo y fortaleza, Él era el centro y la meta de su vida interior y exterior”.

*Fuentes: Henninghaus pp. 637-639, 641; Jakob Reuter, Der selige Josef Freinademetz, Verlag St.Gabriel, Mödling 1975, p. 55*

## ***Para la reflexión***

Con todo lo que hasta ahora he leído y oído sobre José Freinademetz: ¿Cómo lo describiría para mí personalmente?

¿Este conocimiento sobre él es un reto para mí, tiene alguna resonancia en mí?

Freinademetz era considerado como un “santo viviente”, es decir, en él se podía ver la salvación de Dios: ¿Mi vida trasluce algo de esto?

¿Su personalidad, su compromiso, su piedad y, no en último término, su muerte, tienen alguna influencia sobre mí?

¿Puedo extraer algo de su vida para mi vida?